

EL COMPOSITOR COMO PORTADOR DEL TIEMPO

POR: FEDERICO IBARRA

Por azares del destino y muy a mi pesar, en estos últimos años me he visto impelido a realizar el recuento de las actividades y perspectivas por las que ha transcurrido mi vida. Quizá esta reticencia a recorrer mi pasado sea producto inconsciente de la amenaza bíblica de quedar paralizado ante la visión de los años transcurridos; reticencia que pudo haber partido de los pensamientos que rodearon la generación a la que pertenezco, generación donde los jóvenes pensábamos, quizá demasiado romántica e idealmente, consolidar de manera conjunta nuestro porvenir y el del país; lo importante era dar la cara a un futuro, en ese momento pleno de promisorios encuentros e infinitas perspectivas que acicateaban nuestro ánimo, para conseguir los ideales y ambiciones soñados.

A mi generación le ha tocado vivir radicales cambios; partimos de una educación rígida y sin excusas proveniente tanto de familia como de escuela, para pasar de pronto a una efervescencia de ideas en los años sesenta, que se vio sorpresiva y brutalmente aplastada en nuestra inteligencia y corazón; a esta efervescencia sobrevino un periodo de resaca en el que, simultáneamente, veíamos declinar la educación en nuestro país y aumentar la libertad sexual y de indumentaria. Los inusitados avances tecnológicos nos sorprendían, las modificaciones políticas y económicas nos atemorizaban, los cambios de actitudes estéticas en el arte nos anonadaban, y en México cada sexenio se iniciaba con una gran esperanza de nuestra parte y terminaba en una sonora derrota.

En este ambiente contradictorio, inicié mi educación como músico, lleno de gran esperanza, optimismo, confianza e idealismo. Aquí señalo que: a la Universidad Nacional le debo mi educación como músico, mi trabajo y la estructuración de mi pensamiento, pero mi carrera como compositor la debo a un esfuerzo propio en el que la Universidad poco ha tenido que ver, en fin, que he sido autodidacta; ello marcó profundamente mi devenir. Los beneficios de esta decisión fueron: que cada uno de los logros y fracasos que iba obteniendo quedaron particularmente impresos en mi memoria y las experiencias adquiridas se acumulaban para las futuras obras que realizaría; mi actitud estética jamás estuvo influenciada por maestros o corrientes que otros compositores o grupos detentaban, las obras y autores que ávidamente escuchaba y consumía me daban lecciones únicas e imborrables y mi gusto o disgusto hacia corrientes o escuelas fue totalmente personal. En el transcurso de estos años juveniles trabé, en mayor o menor grado, conocimiento con los principales compositores de ese momento; así conocí a Chávez, orgulloso, acre y distante; a Galindo, afablemente silencioso; a Halffter, alegre y cariñoso en la intimidad y de quien, en recordadas conversaciones informales, aprendí conceptos sobre la composición que ningún texto me habría enseñado; al extrovertido Enríquez, poseedor de un talento extraordinario con el que tuve la fortuna, y desgracia, de colaborar largos años tanto en el trabajo como en la composición; a Lavista, a quien por edad me sentía más cercano que con cualesquiera otro de los compositores, con él compartí experiencias musicales y tuvimos la feliz vivencia de mostrarnos y ejecutar las recientes producciones de ambos. Poco después pude conocer el agrio y divertido humor de Gutiérrez Heras, la sonriente faz de Leonardo Velázquez y los retruécanos y juegos de palabras de De Elías, todos ellos predecesores míos en esta Academia que hoy, tan generosamente, me abre sus puertas.

Durante el transcurso de estos años de formación, empecé a desarrollar una serie de aficiones y enamoramientos por las demás artes que también influenciaron definitivamente mi personalidad y mi carrera; la primera en impactarme fue la pintura: el fantástico mundo de colores y formas que encontré en este arte me subyugó en varios niveles que juzgaba, y sigo juzgando, muy cercanos a la música.

Mi afición a la literatura ya era patente aunque aún no encontraba a autores fundamentales en mi vida como Joyce, Kafka y especialmente Marcel Proust; superficialmente conocía la poesía, que fui descubriendo poco a poco y que más tarde uniría a la música que ideaba, actitud que empezó a diferenciarme del resto de los compositores.

Mis últimas grandes aficiones fueron la escultura y las artes escénicas; descubrí el teatro de manera inesperada, integrándome a él a través de la música, desde entonces el teatro me ha resultado un vehículo ideal para poner en práctica una serie de experiencias en mi carrera y una de las inagotables fuentes de conocimiento del ser humano a través de este arte. El haber realizado numerosas partituras para el teatro, en un momento donde la música original no era lo acostumbrado, me enorgullece ya que he podido devolverle, a través de mi obra, algo de lo mucho que he aprendido de él.

Paralelamente, mis estudios de arquitectura (carrera que proseguí durante algún tiempo), me condujeron inevitablemente a las artes colectivas y en especial a un género que nunca sospeché que pudiese atraerme: la ópera. Los argumentos poco creíbles de las óperas tradicionales me obligaron a encontrar colaboradores para mis libretos que, ante todo, comprendiesen mis necesidades teatrales; a buscar cantantes dotados musical y físicamente (o actores que cantasen) para crear la ilusión de congruencia con sus personajes, misma que en la ópera tradicional no existía; a reunirme con directores de escena que respondiesen con su talento y de manera comprometida al hecho músico-teatral que trato de crear; a colaborar con escenógrafos, coreógrafos y músicos para devolverle a la ópera su inicial sentido de espectáculo; esta actividad, para mi fortuna, me ha puesto en contacto con un sinfín de creadores de diferentes especialidades quienes, con su sabiduría y talento, me han enseñado mucho más de lo que algún día yo hubiese pretendido saber. El trabajo realizado por mí dentro de la ópera espero servirá para que nuevos compositores incursionen o se sientan atraídos hacia este género que prácticamente se consideraba extinto.

Además de la composición, me sentí cada vez más atraído hacia la educación integral del compositor, misma que yo no tuve y que me condujo a la enseñanza, labor que he desarrollado a través de años con el propósito de mostrar mi punto de vista en dicho rubro y entregar al país los frutos producto de esta experiencia. Simultáneamente desarrollé una labor como pianista acercándome y acercando al público a las nuevas producciones de la música de vanguardia internacional y nacional; inútil considero el decir cuán importantes han sido éstas en mi carrera de compositor.

En este punto me obligo a agradecer a todos aquellos amigos que a lo largo de mi carrera me han apoyado y alentado con su estima y conocimientos.

La fama y notoriedad de los compositores del México que conocí iban unidas, hasta hace pocos años, al escalamiento de puestos públicos o a la adhesión a un grupo que controlaba y proyectaba a sus miembros; afortunadamente esta situación ha cambiado, por ello he podido realizar una carrera solitaria e independiente, ajena a los devenires políticos y grupos de poder, y me ha permitido colaborar con grupos e instituciones sin comprometerme con ellos, realizar mi trabajo de composición y mis ideas estéticas con toda libertad, ceñido únicamente a mis propias limitaciones, emitir pública y privadamente mis opiniones al respecto de lo que en música ocurre y gozar de un reconocimiento sólo por lo que mi creación proyecta. No pretendo ser un caso único en este aspecto, sino declarar públicamente mi gozo ante la oportunidad de haber recorrido un camino que anteriormente parecía cerrado. Este recuento de experiencias vividas a lo largo de ya muchos años me sirve para agradecer el alto honor que los miembros de la Academia de Artes me han hecho invitándome a pertenecer a esta distinguida agrupación ocupando el puesto que el Maestro Blas Galindo dejó vacante a su fallecimiento; quisiera, seguidamente, expresar algunas ideas a propósito de la composición musical.

EL COMPOSITOR COMO PORTADOR DEL TIEMPO

Si duda creo que los sonidos y sus correspondientes silencios son los elementos básicos del compositor, que conjuntamente lograrán un ritmo o una melodía y que posteriormente darán cabida a recursos más complejos como la armonía o el contrapunto; estos recursos articulados al conocimiento de los instrumentos y las combinaciones que de ellos se deriven, darán como resultado un todo inteligible que llamamos forma, y que, a través de ésta, el compositor comunica un cúmulo de pensamientos e ideas que conformarán poco a poco su particular expresión, llamada personalidad, la que a su vez, estará permeada de acontecimientos extra-musicales que la unirán o distanciarán de un conglomerado de sentimientos, pensamientos, ideas y actitudes que denominamos estética. El compositor quedará sujeto, más que en ningún otro arte, a las leyes imperiosas del tiempo, que dictaminará su desarrollo, sus avances y retrocesos, su madurez, su plenitud, tanto en él mismo como en la obra que crea, inscrita en un intervalo que cronológicamente puede ser medido, pero que la mente del escucha expandirá o acortará y que, por medio de la memoria, podrá recurrir nuevamente a una pequeña parte de este intervalo para poder repetir los sonidos que le dieron placer, y así crear una cápsula temporal infinita dentro del tiempo real.

Ante todo creo que el compositor es el portador del tiempo; el tiempo personal, el tiempo de cada obra, el tiempo en el que vive y se desarrolla, el tiempo que recobra del pasado a través de la memoria, el tiempo futuro que puede imaginar, el tiempo que acaricia y moldea para no ser esclavo de él, la sucesión de instantes en los que desarrolla su creación, que nos dará una secuencia única e irrepetible del orden por él elegido, el tiempo como aliado... el tiempo como verdugo...

Proust dedicó innumerables páginas a explicar cómo se desperdicia, se malgasta, se pierde el tiempo, y de modo magistral nos enseña que en cada instante puede haber el recuerdo de todo el tiempo pasado... uno busca y recobra en la memoria aquello que se creía irremisiblemente perdido. Es curioso cómo Proust, al hablar de la música la encapsula en un no-tiempo que la aleja del deterioro circundante, permaneciendo, como alegoría del tiempo, inmutable en la memoria.

Observo que el compositor de nuestros días está demasiado preocupado por el tiempo futuro, herencia del romanticismo, por el legado musical que dejará a las posteriores generaciones de las que no sabemos si se interesarán por él, por lo ejemplar de sus ideas y procesos para que puedan ser reconocidos en los tiempos venideros y que para mí sólo demuestran un profundo desencanto, aversión y renunciamiento al tiempo presente; es cierto que el tiempo más difícil de vivir es el presente, pero su evasión me parece un grave desatino, y descubro, para mi gran sorpresa, la última de las causas de mi aversión a revisar mi pasado, pensamiento con el que inicié estas reflexiones, ya que mi idea de la composición y de la vida está íntimamente ligada al tiempo presente, al modelo que los compositores tuvieron desde la edad media hasta el periodo clásico: la música, ante todo, debe cumplir una función para el tiempo presente, para el siguiente, habrá que crear otra partitura...

POR: FEDERICO IBARRA

15 de Abril de 1997